

Esta es una pequeña muestra
del libro *Dioses que fallan*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2023 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

Otros libros de Timothy Keller

—

El Dios pródigo

Encuentros con Jesús

Ministerios de misericordia

Caminando con Dios a través del dolor y el sufrimiento

Evangelio & vida

Los Cantos de Jesús

Sabiduría de Dios para navegar por la vida

Moldeados por el evangelio

Amar la ciudad

Servir a un movimiento

Gálatas para ti

Jueces para ti

Romanos para ti

Sobre el nacimiento

Sobre el matrimonio

Sobre la muerte

DIOSES QUE FALLAN

DIOSES QUE FALLAN

*Las promesas vacías del dinero, el sexo y el poder,
y la única esperanza que realmente importa*



TIMOTHY KELLER



Poema Publicaciones
Medellin, Colombia

Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#DiosesQueFallan

Dioses que fallan

*Las promesas vacías del dinero, el sexo y el poder,
y la única esperanza que realmente importa*

Timothy Keller

© Poima Publicaciones, 2023

Traducido con el debido permiso del libro *Counterfeit Gods: The Empty Promises of Money, Sex, and Power, and the Only Hope that Matters*

© 2009 copyright por Timothy Keller, publicado por Penguin Group (USA) LLC en New York.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido extraídas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1999, 2011 por Biblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla NBLA han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005 por The Lockman Foundation; las marcadas con la sigla NTV, de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* © 2010 por Tyndale House Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poima Publicaciones
e-mail: info@poiema.co
www.poiema.co

Impreso en Colombia
ISBN: 978-1-955182-14-0

SDG

231

*Para mis hijos,
David, Michael y Jonathan,
quienes saben discernir la falsedad*

CONTENIDO

<i>Introducción: La fábrica de ídolos</i>	<i>xi</i>
1. Todo lo que siempre has querido	3
2. El amor no es todo lo que necesitas	23
3. El dinero lo cambia todo	47
4. La seducción del éxito	69
5. El poder y la gloria	91
6. Los ídolos ocultos en nuestra vida	119
7. El fin de los dioses falsos	145
<i>Epílogo: Encuentra y reemplaza tus ídolos</i>	<i>155</i>
<i>Bibliografía</i>	<i>167</i>
<i>Notas de texto</i>	<i>171</i>
<i>Agradecimientos</i>	<i>193</i>

INTRODUCCIÓN



LA FÁBRICA DE ÍDOLOS

“Hay más ídolos que realidades en el mundo”.

Friedrich Nietzsche, *El ocaso de los ídolos*

Una melancolía extraña

Después del inicio de la crisis económica global a mediados del 2008, hubo una trágica sucesión de suicidios de personas que solían ser adineradas y tener buenos contactos. El jefe de finanzas de Freddie Mac, la corporación de préstamos hipotecarios llamada Federal Home Loan Mortgage Corporation, se ahorcó en su sótano. El director ejecutivo de Sheldon Good, una importante compañía de subastas de bienes raíces de los Estados Unidos, se disparó en la cabeza detrás del volante de su auto deportivo rojo. Un gerente de cartera francesa que invirtió la

riqueza de muchas familias importantes y de la realeza de Europa, y que había perdido 1400 millones de dólares de sus clientes en el esquema ponzi de Bernard Madoff, se cortó las venas de las muñecas y murió en su lujosa oficina en la Avenida Madison de Nueva York. Un alto ejecutivo danés del banco HSBC se ahorcó en el ropero de su suite de 500 libras esterlinas por noche en Knightsbridge, Londres. Cuando un ejecutivo de Bear Stearns supo que JPMorgan Chase no lo iba a contratar luego de haber comprado la compañía que se había venido abajo, tomó una sobredosis de droga y saltó desde el piso veintinueve de su edificio de oficinas. Un amigo dijo, “Lo que sucedió con Bear Stearns... quebrantó su alma”. Esta situación trajo a la memoria los suicidios que hubo tras la crisis económica del mercado bursátil en 1929.

En la década de 1830, cuando Alexis de Tocqueville planteó sus famosas observaciones sobre América, notó una “extraña melancolía que persigue a los habitantes... en medio de la abundancia”. Los estadounidenses creían que la prosperidad podía saciar su deseo de felicidad, pero esa esperanza era una ilusión porque, De Tocqueville agregó, “las alegrías incompletas de este mundo nunca satisfarán el corazón [humano]”. Esta extraña melancolía se manifiesta de muchas formas, pero siempre conduce al mismo desespero de no encontrar lo que se busca.

Existe una diferencia entre el dolor y la desesperanza. El dolor es un sufrimiento para el que se puede encontrar consuelo. Viene de perder algo entre otras cosas buenas, de tal forma que, si experimentas un percance en tu carrera laboral, puedes

encontrar consuelo en tu familia para superarlo. Sin embargo, para el desconsuelo no hay alivio, ya que viene de perder algo de *suprema* importancia. Cuando pierdes la fuente suprema de lo que te da significado o esperanza, no hay otras fuentes a las que puedas acudir. Eso destroza tu alma.

¿Qué es lo que causa esta “extraña melancolía” que permea nuestra sociedad aún en tiempos prósperos de actividad frenética y que luego se convierte en total desconsuelo cuando disminuye la prosperidad? De Tocqueville dice que viene de tomar una “alegría incompleta de este mundo” y construir toda tu vida sobre ella. Esa es la definición de idolatría.

Una cultura llena de ídolos

En las personas modernas, la palabra *idolatría* evoca imágenes de gente antigua que se inclinaba frente a estatuas. El libro de Hechos en el Nuevo Testamento contiene descripciones vívidas de las culturas del mundo grecorromano antiguo. Cada ciudad adoraba a sus deidades favoritas y construía altares alrededor de sus imágenes para adorarlas. Cuando Pablo fue a Atenas vio que estaba literalmente llena de imágenes de estos dioses (Hch 17:16). El Partenón de Atenea eclipsaba todo lo demás, pero había representaciones de otros dioses en todos los espacios públicos. Estaba Afrodita, la diosa de la belleza; Ares, el dios de la guerra; Artemisa, la diosa de la fertilidad y la riqueza y Hefesto, el dios de los trabajos manuales.

En esencia, nuestra sociedad contemporánea no es muy diferente de estas culturas antiguas. Cada cultura está dominada por

su propio grupo de ídolos. Cada una tiene sus “sacerdocios”, sus tótems y rituales. Cada una tiene sus altares —ya sean torres de oficinas, *spas* y gimnasios, estudios o estadios— donde se deben hacer sacrificios para recibir la bendición de la buena vida y alejar los desastres. ¿Y no son así los dioses de la belleza, el poder, el dinero y el éxito, que han tomado proporciones míticas en nuestras vidas individuales y nuestra sociedad? Tal vez no nos arrodillamos físicamente ante la estatua de Afrodita, pero muchas jóvenes hoy en día caen en depresión y desórdenes alimenticios porque se preocupan de manera obsesiva por su imagen corporal. Tal vez no quemamos incienso real para Artemisa, pero cuando elevamos el dinero y la carrera a proporciones cósmicas, hacemos algo parecido a un sacrificio de niños, descuidando a la familia y la comunidad para obtener una posición más alta en los negocios y ganar más riqueza y prestigio.

Después de que el gobernador de Nueva York, Eliot Spitzer, destruyera su carrera por involucrarse con una exclusiva red de prostitución, David Brooks señaló que nuestra cultura ha producido un tipo de personas exitosas con “desequilibrios relacionados con sus habilidades sociales”. Tienen habilidades sociales para relacionarse de forma vertical, para mejorar su posición con mentores y jefes, pero ninguna para desarrollar genuinamente relaciones horizontales con sus cónyuges, amigos y familiares. “Muchos candidatos presidenciales dicen que se postulan en nombre de sus familias, aunque han pasado toda su vida haciendo campaña lejos de ellas”. Con el paso de los años se dan cuenta con gran dolor de que “su grandeza no es suficiente y se

sienten solos”. Muchos de sus hijos y cónyuges se han alejado de ellos y entonces buscan sanar la herida. Se enredan en aventuras extramatrimoniales o toman medidas desesperadas para tratar con el vacío interior. Luego viene la crisis familiar o el escándalo o ambos.

Aunque sacrificaron todo al dios del éxito, no fue suficiente. En tiempos antiguos, las deidades eran despiadadas y eran difíciles de apaciguar. Y todavía lo son.

Los ídolos del corazón

Habría sido difícil defender este argumento de manera convincente en la época de la burbuja del “punto.com” y de la burbuja del mercado inmobiliario y de la bolsa de los últimos veinte años. Sin embargo, la gran crisis económica de 2008-2009 ha dejado al descubierto lo que ahora se conoce como “la cultura de la avaricia”. Tiempo atrás, el apóstol Pablo escribió que la avaricia no era simplemente un mal comportamiento. Dijo que “la avaricia es idolatría” (Col 3:5). Señaló que el dinero puede tomar atributos divinos y entonces, nuestra relación con él puede parecerse a la adoración y la reverencia.

El dinero se puede convertir en una adicción espiritual y, como todas las adicciones, no permite que sus víctimas vean sus verdaderas proporciones. Tomamos más y mayores riesgos para obtener una satisfacción cada vez menor de aquello que anhelamos, hasta que se desata una crisis. Cuando comenzamos a recuperarnos, nos preguntamos, “¿En qué estábamos pensando? ¿Cómo pudimos ser tan ciegos?” Es como si despertáramos

de una resaca y apenas pudiéramos recordar la noche anterior. Pero ¿por qué? ¿Por qué actuamos de una forma tan irracional? ¿Por qué perdemos de vista lo que es correcto?

La respuesta de la Biblia es que el corazón humano es una “fábrica de ídolos”.

Cuando la mayoría de personas piensa en “ídolos”, tiene en mente estatuas físicas o la siguiente estrella de pop según Simon Cowell. Pero, aunque todavía existe la adoración tradicional de ídolos en muchos lugares del mundo, la adoración interna de ídolos, dentro del corazón, es universal. En Ezequiel 14:3, Dios dice de los ancianos de Israel, “estas personas han hecho de su *corazón* un altar de ídolos”. Seguramente, la respuesta de los ancianos a esta acusación sería igual que la nuestra, “¿Ídolos? ¿Cuáles ídolos? No veo ningún ídolo”. Dios estaba diciendo que el corazón humano toma cosas buenas como una carrera exitosa, el amor, las posesiones materiales, incluso la familia, y las convierte en algo supremo. Nuestro corazón las convierte en dioses y las pone en el centro de nuestra vida porque creemos que, si las alcanzamos, pueden darnos significado, protección, seguridad y plenitud.

El elemento narrativo central del Señor de los Anillos es el Anillo de Poder del malvado caudillo Sauron. El Anillo corrompe a cualquiera que trate de usarlo, sin importar sus buenas intenciones. El Anillo es lo que el profesor Tom Shippey llama “un amplificador psíquico”, el cual toma los deseos más profundos y los amplía a proporciones idólatras. Algunos personajes del libro son buenos y quieren liberar esclavos, preservar la tierra de

su gente o darles a los malvados un castigo justo, y todos estos son objetivos buenos, pero el Anillo los lleva a estar dispuestos a hacer *cualquier* cosa por alcanzarlos, lo que sea. Lo que hace es convertir algo bueno en un absoluto que anula la lealtad a cualquier otra cosa o su valor. El que se pone el Anillo queda cada vez más esclavizado y adicto a él, porque básicamente no puede vivir sin su ídolo. Eso que tanto anhelamos nos lleva a romper reglas que una vez honramos, a herir a otros e incluso a nosotros mismos para conseguirlo. Los ídolos son adicciones espirituales que conducen a un mal terrible, tanto en la novela de Tolkien como en la vida real.

Cualquier cosa puede ser un ídolo

El momento cultural en el que estamos nos presenta una oportunidad. Muchas personas están más abiertas ahora a escuchar la advertencia de la Biblia de que el dinero se puede convertir en mucho más que dinero. Se puede convertir en un dios poderoso que altera nuestra vida y moldea la cultura, y en un ídolo que rompe el corazón de sus adoradores. La mala noticia es que estamos tan obsesionados con el problema de la avaricia, el cual vemos generalmente en “esos ricos de allá”, que no nos damos cuenta de la verdad más esencial. Cualquier cosa *puede* ser un ídolo y todo *ha sido* un ídolo.

El código moral más famoso del mundo es el Decálogo, los diez mandamientos. El primer mandamiento es “Yo soy el Señor tu Dios... No tengas otros dioses además de Mí” (Éx 20:2-3). Eso nos lleva a una pregunta natural: “¿Qué quieres decir con

‘otros dioses?’” Y nos da una respuesta inmediata. “No te hagas ningún ídolo, ni nada que guarde semejanza con lo que hay arriba en el cielo, ni con lo que hay abajo en la tierra, ni con lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te inclines delante de ellos ni los adores...” (Éx 20:4-5). ¡Eso incluye todo en el mundo! La mayoría de las personas sabe que el dinero se puede convertir en un dios. La mayoría sabe que el sexo se puede convertir en un dios. Sin embargo, *cualquier* cosa en la vida puede servir como un ídolo, es decir, una alternativa diferente a Dios, un dios falso.

Recientemente escuché el relato de un oficial del ejército que buscaba la disciplina física y militar de sus tropas de una forma tan excesiva que destruyó su ánimo. Esto desató problemas de comunicación durante un combate y resultó en varias muertes. Por otra parte, conocí a una mujer que había vivido periodos de pobreza en su niñez. De adulta deseaba tanto la seguridad financiera que dejó pasar muchas oportunidades de buenas relaciones y decidió casarse con un hombre rico a quien no amaba realmente. Esto la llevó a divorciarse pronto y a tener todas las dificultades económicas que tanto temía.

Asimismo, algunos jugadores de béisbol de las grandes ligas, por su deseo de jugar no solo bien sino al nivel del salón de la fama, tomaron esteroides y otras drogas. Como resultado, sus cuerpos están más deteriorados y su reputación más manchada que si hubieran estado dispuestos a ser buenos jugadores en vez de grandiosos. Las mismas cosas sobre las que estas personas estaban construyendo toda su felicidad se hicieron polvo en sus

manos justo *porque* habían construido toda su felicidad sobre ellas. En todos los casos, algo bueno entre otras cosas buenas se convirtió en algo supremo y las demandas del ídolo anularon el valor de todo lo demás. Los dioses falsos siempre decepcionan y frecuentemente lo hacen de forma destructiva.

¿Está mal querer tropas disciplinadas, seguridad financiera o destreza atlética? Claro que no. Pero estas historias apuntan a un error común que cometemos cuando escuchamos sobre el concepto bíblico de idolatría. Pensamos que los ídolos son cosas malas, pero casi nunca es así. Cuando algo es muy bueno, es más probable que esperemos que satisfaga nuestras necesidades y esperanzas más profundas. Cualquier cosa puede servir como un dios falso, especialmente las mejores cosas de la vida.

Cómo hacer un dios

¿Qué es un ídolo? Es cualquier cosa que es más importante para ti que Dios, cualquier cosa que absorba tu corazón y tu mente más que Dios, cualquier cosa a la que acudes para que te dé lo que solamente Dios puede dar.

Un dios falso es cualquier cosa que se vuelve tan central y esencial en tu vida que, si la pierdes, sentirías que difícilmente vale la pena vivir. Un ídolo tiene una posición de control tan profunda en tu corazón que puedes invertir en él gran parte de tu pasión y energía, o tus recursos emocionales y financieros sin pensarlo dos veces. Puede ser la familia y los hijos, la carrera profesional y ganar dinero, el éxito y la aclamación de los críticos o guardar las apariencias y la posición social. Puede ser una

relación romántica, la aprobación de los colegas, ser competente y habilidoso, las circunstancias seguras y cómodas, tu belleza o inteligencia, una gran causa política o social, tu moralidad y virtud, o incluso el éxito en el ministerio cristiano. Cuando el sentido de tu vida es arreglar la vida de alguien más, lo podemos llamar “codependencia”, pero en realidad es idolatría. Un ídolo es cualquier cosa que miras y dices, en lo más profundo de tu corazón, “Si tengo esto, sentiré que mi vida tiene significado, sabré que valgo, me sentiré importante y seguro”. Hay muchas formas de describir este tipo de relación con algo, pero la mejor puede ser *adoración*.

Los paganos antiguos no se limitaban para representar, prácticamente todo, como un dios. Tenían dioses del sexo, dioses del trabajo, dioses de la guerra, dioses del dinero, y dioses de la nación, por el simple hecho de que cualquier cosa puede ser un dios que gobierna y sirve como deidad en el corazón de una persona o en la vida de un pueblo. Por ejemplo, la belleza física es algo agradable, pero si la conviertes en un dios, en lo más importante de la vida de una persona o una cultura, entonces tienes a Afrodita, no solo la belleza. Tienes a personas y a la cultura completa que agonizan constantemente por la apariencia, gastando cantidades excesivas de tiempo y dinero en ella y poniéndola como base al evaluar el carácter. Si algo se vuelve más fundamental que Dios para tu felicidad, tu significado en la vida y tu identidad, entonces es un ídolo.

El concepto bíblico de idolatría es una idea sumamente compleja que comprende categorías intelectuales, psicológicas,

Introducción

sociales, culturales y espirituales. Hay ídolos personales, tales como el amor romántico y la familia; o el dinero, el poder y el éxito; o el acceso a ciertos círculos sociales; o la dependencia emocional de otros en ti; o la salud, aptitud física y belleza. Muchos buscan estas cosas para encontrar la esperanza, el significado y la satisfacción que solo Dios puede dar.

Hay ídolos culturales, tales como el poderío militar, el progreso tecnológico y la prosperidad económica. Los ídolos de las sociedades tradicionales incluyen la familia, el trabajo duro, el deber y la virtud moral, mientras que los de las culturas occidentales son la libertad individual, el autodescubrimiento, la riqueza personal y la satisfacción. Todas estas cosas buenas pueden alcanzar un tamaño y poder desproporcionados dentro de una sociedad porque nos prometen seguridad, paz y felicidad si fundamentamos nuestra vida en ellas.

También pueden existir ídolos intelectuales, que a menudo se conocen como *ideologías*. Por ejemplo, los intelectuales europeos de finales del siglo diecinueve y comienzos del siglo veinte adoptaron ampliamente la perspectiva de Rousseau de que la naturaleza humana tiene una bondad innata, que todos nuestros problemas sociales eran el resultado de una mala educación y socialización. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial destruyó esta ilusión. Beatrice Webb, a quien muchos consideran la arquitecta del estado moderno de bienestar de Gran Bretaña, escribió:

En alguna parte de mi diario —¿1890?— escribí, “He invertido todo en la bondad fundamental de la naturaleza

humana...” [Ahora, treinta y cinco años después veo] lo permanentes que son los impulsos e instintos malvados del hombre, lo poco que se puede contar con transformar algunos de estos con cualquier cambio en la maquinaria [social]... por ejemplo, el encanto de la riqueza y el poder... Ningún tipo de conocimiento o ciencia servirá de algo a menos que podamos refrenar los malos impulsos.

En 1920, en su libro *Outline of History* [Esquema de la historia universal], H. G. Wells alabó la creencia en el progreso humano. En 1933, en *The Shape of Things to Come* [Esquema de los tiempos futuros], consternado por el egoísmo y la violencia de las naciones europeas, creyó que la única esperanza era que los intelectuales tomaran el control y realizaran un programa educativo obligatorio que enfatizara en la paz, la justicia y la equidad. En 1945, en *A Mind at the End of Its Tether* [La mente a la orilla del abismo], escribió, “El *homo sapiens*, como se ha llamado a sí mismo, está... agotado”. ¿Qué les sucedió a Wells y Webb? Tomaron una verdad parcial y la convirtieron en una verdad universal con la que se podía explicar y mejorar todo. “Invertir todo” en la bondad humana era ponerla en el lugar de Dios.

También hay ídolos, valores absolutos no negociables, en todos los campos vocacionales. En el mundo de los negocios, se reprime la expresión individual en pro del valor supremo, las ganancias. Sin embargo, en el mundo del arte sucede lo contrario. Todo se sacrifica por la expresión individual y se hace en nombre

de la redención. Se piensa que esto es lo que la raza humana necesita por encima de todo. Hay ídolos por todas partes.

Ama, confía y obedece

La Biblia usa tres metáforas básicas para describir cómo se relacionan las personas con los ídolos de sus corazones. *Aman* a los ídolos, *confían* en los ídolos y *obedecen* a los ídolos.

A veces, la Biblia habla de los ídolos usando una metáfora matrimonial. Dios debería ser nuestro verdadero Cónyuge, pero cuando deseamos y nos deleitamos en otras cosas más que en Él, cometemos adulterio espiritual. El romance o el éxito pueden convertirse en “falsos amantes” que prometen hacernos sentir amados y valorados. Los ídolos se toman nuestra imaginación y los podemos encontrar al observar lo que pensamos cuando soñamos despiertos. ¿Qué nos gusta imaginar? ¿Cuáles son nuestros sueños más profundos? Acudimos a nuestros ídolos para que nos amen y nos den significado y una sensación de belleza, importancia y valor.

Con frecuencia, la Biblia habla de los ídolos usando la metáfora religiosa. Dios debería ser nuestro verdadero Salvador, pero buscamos la paz y la seguridad que necesitamos en el éxito personal o la prosperidad financiera. Los ídolos nos dan la sensación de que tenemos el control y podemos encontrarlos cuando observamos nuestras pesadillas. ¿Qué es lo que más tememos? ¿Qué cosa, si la perdemos, haría que la vida no tenga sentido? Hacemos “sacrificios” para calmar y agradar a nuestros dioses y

creemos que nos protegerán. Buscamos a nuestros ídolos para que nos den una sensación de confianza y seguridad.

La Biblia también habla de los ídolos usando una metáfora política. Dios debería ser nuestro único Señor y Dueño, pero lo que sea que amamos y en lo que confiamos también lo servimos. Cualquier cosa que se vuelve más importante que Dios y no es negociable para nosotros, se convierte en un ídolo esclavizante. En este paradigma, podemos encontrar a los ídolos cuando observamos nuestras emociones más fuertes. ¿Qué nos hace enojar, sentir ansiosos o desanimados de una forma incontrolable? ¿Qué nos atormenta con una culpa que no nos podemos quitar? Los ídolos nos controlan ya que sentimos que *necesitamos* tenerlos o si no, la vida no tiene sentido.

Aquello que nos controla es nuestro señor. El que busca poder es controlado por el poder. El que busca aceptación es controlado por las personas a las que quiere complacer. No nos controlamos a nosotros mismos. Somos controlados por el que es señor de nuestra vida.

Lo que muchas personas llaman “problemas psicológicos” son simples problemas de idolatría. El perfeccionismo, la adicción al trabajo, la indecisión crónica, la necesidad de controlar la vida de otros, todos estos surgen de convertir cosas buenas en ídolos que luego nos tiran al piso mientras tratamos de apaciguarlos. Los ídolos dominan nuestra vida.

La oportunidad del desencanto

Como hemos visto, hay una gran diferencia entre el dolor y la desesperanza, ya que la desesperanza es un dolor insoportable. En la mayoría de casos, la diferencia entre los dos es idolatría. Un hombre de negocios coreano se suicidó después de perder gran parte de una inversión de 370 millones de dólares. Su esposa le dijo a la policía, “Cuando el índice del mercado bursátil de la nación cayó por debajo de 1,000, él dejó de comer, se dedicó a beber alcohol varios días y finalmente decidió suicidarse”. En medio de la gran crisis financiera de 2008-2009, escuché a un hombre llamado Bill que dijo que hacía tres años se había vuelto cristiano y que su seguridad suprema había pasado de estar en el dinero a estar en su relación con Dios por medio de Cristo. “Si esta crisis económica hubiera ocurrido hace más de tres años, bueno, no sé cómo lo habría enfrentado, cómo habría podido seguir adelante. Hoy puedo decir honestamente que nunca he sido más feliz en toda mi vida”.

Aunque pensamos que vivimos en un mundo secular, los ídolos, los dioses relucientes de nuestra era, son los dueños de la confianza funcional de nuestro corazón. Con la economía global en crisis, muchos de esos ídolos que hemos adorado durante años se están viniendo abajo a nuestro alrededor. Esta es una gran oportunidad. Estamos experimentando el “desencanto” brevemente. En las historias antiguas, esto significaba que se había roto el encanto del hechicero malvado y había oportunidad de escapar. Esos momentos llegan a la vida de una persona cuando una gran empresa, búsqueda o individuo sobre los

que ha construido sus esperanzas no le da lo que (pensaba que) había prometido. Rara vez estas oportunidades llegan a una sociedad completa.

La forma de tratar con la desesperanza es discernir los ídolos de nuestro corazón y nuestra cultura. Pero eso no es suficiente. La única manera de liberarnos de la influencia destructiva de los dioses falsos es regresar al Dios verdadero. El Dios viviente, que se reveló a Sí mismo tanto en el Monte Sinaí como en la cruz, es el único Señor que, si lo encuentras, puede llenarte y, si le fallas, realmente puede perdonarte.

DIOSES QUE FALLAN

UNO



TODO LO QUE SIEMPRE HAS QUERIDO

Lo peor que puede pasar

La mayoría de las personas se pasan la vida tratando de hacer realidad los sueños más profundos de su corazón. ¿La vida no se trata de “buscar la felicidad”? Buscamos sin descanso las formas de obtener lo que deseamos y estamos dispuestos a hacer grandes sacrificios por conseguirlo. Nunca nos imaginamos que cumplir los deseos más profundos de nuestro corazón puede ser lo peor que nos pase en la vida.

Una vez, mi esposa y yo conocimos a una mujer soltera llamada Anna que deseaba desesperadamente tener hijos. Tiempo después se casó y aunque los médicos esperaban algo diferente, pudo tener dos hijos saludables a pesar de su edad. Sin embargo, sus sueños no se hicieron realidad. Su fuerte deseo de darle a

sus hijos una vida perfecta no le permitió disfrutarlos. Su sobreprotección, temores y ansiedades y su necesidad de controlar cada detalle de la vida de sus hijos hizo miserable a su familia. A su hijo mayor no le iba bien en la escuela y mostró indicios de problemas emocionales serios. El hijo menor estaba lleno de ira. Es muy probable que el deseo de darle a sus hijos una vida maravillosa fue lo que en realidad los arruinó. Conseguir lo que más deseaba su corazón terminó siendo lo peor que le había pasado.

A finales de la década de 1980, Cynthia Heimel escribió, “El momento en que una persona se convierte en celebridad es el mismo en que se convierte en un monstruo”, y luego dio los nombres de tres estrellas reconocidas de Hollywood que había conocido antes de que fueran famosos. Antes eran “seres humanos perfectamente agradables... ahora se han convertido en seres supremos y su ira es espantosa”. Luego dijo que, con la presión de la fama y el reconocimiento, todos los defectos y problemas de carácter se vuelven aún peores de lo que eran antes. Tal vez tengas curiosidad sobre quiénes eran estas estrellas de la década, pero no es necesario saberlo. Ahora mismo hay cualquier cantidad de “nombres en negrita” que viven con los mismos patrones en los titulares de los periódicos. Los nombres cambian, pero el patrón permanece.

Lo inevitable de la idolatría

¿Por qué obtener lo que más desea tu corazón suele ser un desastre? En el libro de Romanos, el Apóstol Pablo escribió que una de las peores cosas que Dios puede hacer es entregar a las personas “a los malos deseos de sus corazones” (Ro 1:24). ¿Por qué

el castigo más grande que hay es permitirle a alguien cumplir su sueño más profundo? Es porque nuestro corazón convierte estos deseos en ídolos. En el mismo capítulo, Pablo resumió la historia de la humanidad en una frase: “adorando y sirviendo a los seres creados antes que al Creador” (Ro 1:25). Todo ser humano debe vivir por algo. Algo debe capturar nuestra imaginación, la lealtad y esperanza más esencial de nuestro corazón. Pero la Biblia dice que, sin la intervención del Espíritu Santo, ese objeto nunca será Dios mismo.

Si buscamos en algo creado el significado, la esperanza y la felicidad que solo Dios mismo puede dar, eventualmente nos fallará y nos romperá el corazón. Anna, la mujer que estaba arruinando la vida de sus hijos no “los amaba demasiado”, sino que amaba muy poco a Dios en comparación con ellos. Como resultado, sus dioses hijos fueron destruidos bajo el peso de sus expectativas.

Dos filósofos judíos que conocían las Escrituras profundamente concluyeron: “El principio... central de la Biblia [es] el rechazo a la idolatría”. Por eso, la Biblia está llena de historias que describen las innumerables formas y los efectos devastadores de la adoración a los ídolos. Todo dios falso que escoja el corazón —ya sea amor, dinero, éxito o poder— tiene una narrativa bíblica poderosa que explica cómo funciona esa clase particular de idolatría en nuestra vida.

Uno de los personajes centrales de la Biblia es Abraham. Así como la mayoría de hombres en tiempos antiguos, él anhelaba un hijo y heredero que llevara su nombre. Sin embargo, en el caso de Abraham, ese deseo se había convertido en el deseo más

profundo de su corazón. Finalmente, aunque parecía imposible, tuvo un hijo. Ahora tenía lo que siempre había deseado. Entonces, Dios le pidió que renunciara a todo.

El llamado de Abraham

De acuerdo con la Biblia, Dios se le apareció a Abraham y le hizo una promesa asombrosa. Si lo obedecía fielmente, Dios bendeciría a todas las naciones de la tierra por medio de él y sus descendientes. Pero, para que esto sucediera, Abraham tenía que *irse*. “Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, y vete a la tierra que te mostraré” (Gn 12:1). Dios llamó a Abraham a que dejara todo lo que conocía —sus amigos, gran parte de su familia y todo lo que creía que le daba seguridad, prosperidad y paz— y que saliera a lo desconocido, sin saber a dónde iba. Dios le pidió que, por Él, dejara casi todas las esperanzas y cosas del mundo que desea el corazón humano.

Y lo hizo. Fue llamado a “irse” y se fue, “obedeció y salió sin saber a dónde iba” (Heb 11:8).

Sin embargo, aunque Dios lo había llamado a abandonar sus otras esperanzas, también le había dado una nueva. La profecía era que las naciones de la tierra serían bendecidas por medio de su familia, “de tu descendencia” (Gn 12:7). Eso significaba que iba a tener hijos, pero Sara, la esposa de Abraham, no había podido concebir, y biológicamente hablando, parecía imposible que tuvieran hijos. Pero Dios prometió que Abraham tendría un hijo.

Sin embargo, mientras los años se convirtieron en décadas, la promesa divina se hizo cada vez más y más difícil de creer.

Finalmente, después de que Abraham tenía más de cien años y Sara más de noventa (Gn 17:17, 21:5), ella dio a luz a un hijo, Isaac. Es claro que fue por intervención divina y por eso, el nombre Isaac significaba “risa”, una referencia al gozo de ambos padres y a la dificultad que tuvieron para creer que Dios les daría lo que había prometido.

Los años de espera agonizante habían pasado factura, como podría confirmar cualquier pareja que lucha con la infertilidad. La demora casi interminable refinó la fe de Abraham, lo cual fue realmente importante. Sin embargo, los años de infertilidad también habían tenido otro efecto. Ningún hombre había deseado un hijo más que Abraham, quien dejó todo lo demás por esperar un hijo. Cuando este hijo llegara, su comunidad podría ver que no había sido un tonto por dejar todo para confiar en la palabra de Dios. Entonces por fin tendría un heredero, un hijo a su semejanza, aquello que todos los patriarcas antiguos del Medio Oriente deseaban. Había esperado y se había sacrificado y al fin, su esposa tuvo un bebé y iera un niño!

Pero la pregunta ahora era, ¿había estado esperando y sacrificándose por Dios o por el niño? ¿Dios era simplemente un medio para conseguir algo? ¿Abraham tenía la paz, la humildad, la audacia y el aplomo inamovible que tienen aquellos que confían en Dios y no en las circunstancias, en la opinión pública, o su propia habilidad? ¿Había aprendido a confiar en Dios *solamente*, a amar a Dios por Dios mismo y no solo por lo que podía obtener de Él? No, todavía no.

El segundo llamado de Abraham

Cuando nuestra amiga Anna, la mujer que había deseado tener hijos por mucho tiempo, quedó embarazada al fin, pensó que viviría “feliz para siempre”. Tristemente, eso no sucedió y casi nunca sucede. Muchas parejas que anhelan un hijo creen que tenerlo resolverá todos sus problemas, pero eso nunca sucede. De igual forma, los lectores de Génesis 12—21 pueden pensar que el nacimiento de Isaac habría sido el punto culminante y el último capítulo de la vida de Abraham. Su fe había triunfado. Ahora podía morir feliz luego de haber cumplido el llamado de Dios a dejar su casa y esperar el nacimiento de su hijo. Pero entonces, para nuestro asombro, Abraham recibió otro llamado de Dios. Y no habría podido ser más impactante.

Toma a tu hijo, el único que tienes y al que tanto amas, y ve a la región de Moria. Una vez allí, ofrécelo como holocausto en el monte que Yo te indicaré (Génesis 22:2).

Esa fue la prueba suprema. Ahora Isaac era *todo* para Abraham, como lo deja claro Dios mismo cuando no se refiere al niño como “Isaac”, sino como “tu hijo, el único que tienes y al que tanto amas”. El afecto de Abraham podría haberse convertido en adoración. Anteriormente, el sentido de la vida de Abraham dependía de la palabra de Dios. Ahora dependía del amor y el bienestar de Isaac. El centro de la vida de Abraham estaba cambiando. Dios no está diciendo que no puedes amar a tu hijo, sino que no debes convertir a un ser querido en un dios

falso. Si alguien pone a un hijo en el lugar del Dios verdadero, crea un amor idólatra que sofocará al hijo y asfixiará la relación.

La espantosa orden

Durante años, muchos lectores han tenido problemas comprensibles con esta historia. La han interpretado diciendo que su “moraleja” implica que hacer cosas crueles y violentas está bien, siempre y cuando creas que es la voluntad de Dios. Nadie ha hablado más claramente de esto que Søren Kierkegaard, que basó su libro *Fear and Trembling* [*Temor y temblor*] en la historia de Abraham y Isaac. Al final de su libro, Kierkegaard concluye que la fe es irracional y absurda. Abraham pensó que la orden no tenía sentido en absoluto y contradecía todo lo demás que Dios había dicho, pero aun así la obedeció.

¿Este mandato en realidad habría sido totalmente irracional para Abraham? La interpretación de Kierkegaard de la historia no tiene en cuenta el significado que tenía el primogénito en el pensamiento y el simbolismo judío. Jon Levenson, un erudito judío que enseña en Harvard, y quien escribió *The Death and Resurrection of the Beloved Son* [*La muerte y resurrección del hijo amado*], nos recuerda que las culturas antiguas no eran tan individualistas como la nuestra. Las esperanzas y los sueños de las personas no se enfocaban en su propio éxito, prosperidad o prominencia personal. Como todos eran parte de una familia y nadie vivía aparte de la familia, estas cosas solo se buscaban para todo el clan. También debemos recordar la ley antigua de la

primogenitura. El hijo mayor recibía la mayor parte de la tierra y la riqueza para que la familia no perdiera su lugar en la sociedad.

Con frecuencia, en una cultura individualista como la nuestra, la identidad y el sentido de valor de un adulto están ligados a sus habilidades y logros, pero en tiempos antiguos, todas las esperanzas y sueños de un hombre y su familia se encontraban en el hijo primogénito. El llamado a entregar al hijo primogénito sería como pedir que un cirujano renunciara al uso de sus manos, o un artista visual al uso de sus ojos.

Levenson argumenta que solo podemos entender la orden que Dios le dio a Abraham si la ponemos sobre este contexto cultural. La Biblia afirma varias veces que, por la pecaminosidad de los israelitas, la vida de sus primogénitos estaba perdida automáticamente, aunque la podían redimir por medio del sacrificio regular (Éx 22:29, 34:20), o sirviendo en el tabernáculo entre los levitas (Nm 3:40-41), o mediante el pago de un rescate al tabernáculo y los sacerdotes (Nm 3:46-48). Cuando Dios trajo juicio sobre Egipto por esclavizar a los israelitas, Su castigo máximo fue quitarles la vida a los primogénitos. La vida de los primogénitos estaba condenada por causa de los pecados de las familias y la nación. ¿Por qué? Porque el hijo primogénito *era* la familia. Entonces, cuando Dios les dijo a los israelitas que la vida del primogénito le pertenecía a Él a menos que se pagara un rescate, estaba diciendo de la forma más clara posible a aquellas culturas, que cada familia en la tierra tenía una deuda con la justicia eterna: la deuda del pecado.

Todo esto es crucial para interpretar la orden que Dios le dio a Abraham. Si Abraham hubiera escuchado una voz parecida a la de Dios diciéndole, “Levántate y sacrifica a Sara”, es probable que nunca lo hubiera hecho. Habría asumido correctamente que estaba alucinando, porque Dios no le pediría que hiciera algo totalmente contrario a todo lo que había dicho sobre la justicia y la rectitud. Pero cuando Dios dijo que la vida de su único hijo estaba condenada, esta *no* fue una afirmación irracional o contradictoria para él. Fíjate que Dios no le está pidiendo que entre a la tienda de Isaac y lo asesine. Le pidió que hiciera una ofrenda quemada. Estaba demandando el pago de Abraham. Su hijo iba a morir por los pecados de la familia.

El camino a la montaña

Aunque la orden fuera comprensible, no dejaba de ser terrible, y por eso Abraham se enfrentó a la pregunta definitiva: “Dios es santo. Nuestro pecado significa que la vida de Isaac está perdida. Pero Dios también es un Dios de gracia. Ha dicho que quiere bendecir al mundo por medio de Isaac. ¿Cómo puede Dios ser santo y justo y al mismo tiempo cumplir Su promesa de salvación con gracia?” Abraham no lo sabía. Pero decidió obedecer. Actuó de forma similar a otro personaje del Antiguo Testamento, Job, quien sufrió incontables aflicciones sin ninguna explicación. Sin embargo, Job habla del Señor diciendo, “Él sabe lo que está haciendo conmigo, y cuando me haya probado, terminaré como oro puro” (Job 23:10).

¿Cómo logró Abraham subir esa montaña en obediencia al llamado de Dios? La narrativa magistral hebrea nos da excelentes pistas. Él les dijo a sus siervos, “*volveremos* a ustedes” (Gn 22:5 NBLA). Es poco probable que tuviera una idea específica de lo que Dios iba a hacer. Pero no subió la montaña diciendo, “Yo *puedo* hacerlo”, llenándose de fuerza de voluntad y motivación propia. En cambio, subió diciendo, “Dios lo hará... pero no sé cómo”. ¿Qué hará? De alguna manera, Dios iba a eliminar la deuda del primogénito y mantendría Su promesa de gracia.

La fe de Abraham no era simplemente una “fe ciega”. No estaba diciendo, “Esto es una locura, es asesinato, pero voy a hacerlo de todas formas”. Más bien, estaba diciendo, “Sé que Dios es santo *y también* es un Dios de gracia. No sé cómo va a mostrar ambos atributos al mismo tiempo, pero sé que lo hará”. Si no hubiera creído que estaba en deuda con un Dios santo, su enojo le habría impedido ir. Pero si además no hubiera creído que Dios era un Dios de gracia, el abatimiento y la desesperanza se lo habrían impedido. Simplemente se habría dejado morir. Solo porque sabía que Dios era santo y también amoroso, pudo dar un paso tras otro para subir esa montaña.

Finalmente, Abraham y su hijo encontraron el lugar para el sacrificio.

Cuando llegaron al lugar señalado por Dios, Abraham construyó un altar y preparó la leña. Después ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces tomó el cuchillo para sacrificar a su hijo (Génesis 22:9-10).

Pero en ese preciso momento, escuchó la voz de Dios desde el cielo que decía, “¡Abraham! ¡Abraham!”

“Aquí estoy”, respondió desde el precipicio.

“No pongas tu mano sobre el muchacho... Ahora sé que temes a Dios, porque ni siquiera te has negado a darme a tu único hijo” (v 11-12). Y en ese momento, Abraham vio un carnero atrapado por los cuernos en un matorral. Entonces desató a Isaac y sacrificó al carnero en vez de a su hijo.

El peligro de las mejores cosas del mundo

¿De qué se trataba todo este suceso? Se trataba de dos cosas: una que probablemente Abraham vio bastante bien y otra que no pudo haber entendido claramente.

Lo que Abraham pudo ver fue que esta prueba se trataba de amar a Dios de forma suprema. Al final, el Señor le dijo, “Ahora sé que temes a Dios”. En la Biblia, esto no se refiere a tenerle “miedo” a Dios, sino a estar comprometido de corazón con Él. En el Salmo 130:4, por ejemplo, vemos que “el temor de Dios” aumenta cuando experimentamos Su gracia y perdón. Lo que se describe es un asombro lleno de amor y gozo, es estar maravillados ante la grandeza de Dios. El Señor está diciendo, “Ahora sé que me amas más que a cualquier cosa en el mundo”. Eso es lo que significa “el temor de Dios”.

Esto no quiere decir que Dios estaba intentando descubrir si Abraham lo amaba. El Dios que lo ve todo conoce el estado de todos los corazones. Más bien, Dios estaba pasando a Abraham por el fuego, para que al final su amor por Él pudiera “salir puro

como el oro". No es difícil ver por qué Dios estaba usando a Isaac como el medio para lograr ese objetivo. Si Dios no hubiera intervenido, Abraham habría llegado a amar a su hijo más que a cualquier cosa en el mundo, si es que no lo amaba ya de esa manera. Eso habría sido idolatría y toda idolatría es destructiva.

Desde esta perspectiva vemos que el trato extremadamente duro de Dios hacia Abraham en realidad fue misericordioso. Isaac fue un regalo maravilloso para Abraham, pero para que pudiera disfrutar de un lugar seguro, era necesario que Abraham estuviera dispuesto a poner a Dios primero. Mientras Abraham no tuviera que escoger entre su hijo y la obediencia a Dios, no podría ver que su amor se estaba volviendo idólatra. De forma similar, tal vez no veamos que nuestra carrera se ha convertido en un ídolo para nosotros hasta que enfrentemos una situación en la que decir la verdad o actuar con integridad sería un gran golpe para nuestro avance profesional. Si no estamos dispuestos a perjudicar nuestra carrera por hacer la voluntad de Dios, nuestro trabajo se convertirá en un dios falso.

Y Anna, la mujer de la que hablamos anteriormente en este capítulo, ¿cómo podría haberle dado a Dios lo que Él le pidió a Abraham? Los consejeros le dirían que tenía que dejar de presionar a sus hijos con actividades y proyectos para los que no tienen habilidades. Que tenía que dejar de presionarlos emocionalmente por las malas calificaciones y que tendría que darles la libertad de fallar. Todo eso es cierto, pero hay un problema oculto que hay que enfrentar. Ella debe ser capaz de decir en su corazón, "Mi deseo de tener hijos totalmente exitosos y felices es egoísta.

Se trata de mi necesidad de sentirme valiosa. Si realmente conociera el amor de Dios, podría aceptar hijos menos que perfectos y no estaría aplastándolos. Si el amor de Dios significara más para mí que mis hijos, podría amarlos con menos egoísmo y de una mejor forma”. Anna tiene que poner a sus “Isaacs” en el altar y darle a Dios el lugar central de su vida.

El control excesivo sobre sus hijos no demostraba solamente su resistencia a que Dios fuera Dios en su propia vida, sino también en la vida de sus hijos. Anna no creía que Dios podía tener un plan más sabio para la vida de sus hijos que el de ella misma. Había trazado una vida perfecta, sin fracasos ni decepciones. Pero ese plan de vida *es* más imperfecto que la aventura con baches que Dios traza inevitablemente para nosotros. Las personas que nunca han sufrido en la vida tienen menos empatía por otros, reconocen menos sus propios defectos y limitaciones, no tienen resistencia al enfrentar las dificultades y desarrollan expectativas poco realistas para la vida. Como nos dice el libro de Hebreos en el Nuevo Testamento, todos los que reciben el amor de Dios experimentan dificultades (Heb 12:1-8).

El éxito y el amor de los hijos de Anna han sido más importantes para su propia imagen que la gloria y el amor de Dios. Aunque cree en Dios con su mente, la satisfacción más profunda de su corazón viene de que sus hijos le digan, “Oh, Madre, ¡ite lo debo todo a ti!” Pero, tristemente, es posible que nunca escuche las palabras que más desea, porque la necesidad excesiva de su aprobación está alejando a los que más ama. Anna debe estar dispuesta a poner a Dios primero, confiarle sus hijos

permitiéndoles fallar y encontrar su paz en el amor y la voluntad de Dios. Anna necesita seguir a Abraham a la montaña.

Fue luego de hacer este viaje que Abraham pudo amar a Isaac correcta y sabiamente. Si Isaac se hubiera convertido en la esperanza y el gozo principal de la vida de Abraham, su padre lo habría disciplinado demasiado (porque necesitaba que su hijo fuera “perfecto”) o muy poco (porque no podría soportar el descontento de su hijo) o ambos. Lo habría mimado en exceso, pero también se habría vuelto demasiado duro y cruel, tal vez incluso violento, cuando su hijo lo decepcionara. ¿Por qué? Porque los ídolos esclavizan. El amor y el éxito de Isaac se habrían convertido en la única identidad y gozo de Abraham. Si en algún momento lo desobedeciera o no le mostrara amor, su enojo, ansiedad y depresión se habrían vuelto descomunales. Y sabemos que Isaac habría fallado, porque ningún hijo puede cargar el peso completo de la divinidad. Las expectativas de Abraham lo habrían alejado o habrían retorcido y desfigurado su espíritu.

Por lo tanto, el paseo agonizante de Abraham hacia la montaña fue la fase final de un largo camino en el que Dios lo estaba llevando de ser un hombre común a uno de los personajes más grandes de la historia. Las tres religiones monoteístas más grandes del mundo hoy, que son el judaísmo, el islamismo y el cristianismo, tienen a Abraham como su fundador. Más de la mitad de personas en el mundo lo consideran su padre espiritual. Eso nunca habría sucedido si Dios no hubiera tratado con el ídolo de su corazón.

El sustituto

Este famoso suceso también se trataba de algo que Abraham no pudo ver, o al menos no vio muy bien en su época. ¿Por qué Isaac no fue sacrificado? Los pecados de Abraham y su familia seguían allí. ¿Cómo podía pasarlos por alto un Dios santo y justo? Bueno, se ofreció un sustituto, un carnero. Pero, ¿la sangre del carnero fue la que borró la deuda por el primogénito? No.

Muchos años después, en esas mismas montañas, otro primogénito fue puesto sobre la madera para morir. Pero allí en el Monte Calvario, cuando el Hijo amado de Dios gritó, “Dios mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?” no hubo una voz desde el cielo que anunciara Su liberación. En cambio, Dios el Padre pagó el precio en silencio. ¿Por qué? El verdadero sustituto del hijo de Abraham era el único Hijo de Dios, Jesús, quien murió para llevar nuestro castigo. “Porque Cristo murió por los pecados una vez por todas, el justo por los injustos, a fin de llevarlos a ustedes a Dios” (1P 3:18). Pablo entendió el verdadero significado de la historia de Isaac cuando aplicó intencionalmente ese lenguaje a Jesús: “El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con Él, todas las cosas?” (Ro 8:32).

Entonces, aquí está la respuesta práctica a nuestras propias idolatrías, a los “Isaacs” de nuestra vida, que no son lugares espiritualmente seguros para permanecer. Necesitamos ofrecerlos. Necesitamos encontrar la forma de no aferrarnos a ellos con demasiada fuerza, de no ser sus esclavos. Sin embargo, nunca lo lograremos solo hablando de lo grande que es Dios. Tenemos

que saber, estar seguros, de que Dios nos ama, nos aprecia y se deleita tanto en nosotros que podemos reposar nuestro corazón en Él para encontrar nuestro significado y seguridad y para manejar cualquier cosa que pase en la vida.

Pero, ¿cómo?

Dios vio el sacrificio de Abraham y dijo, “Ahora sé que temes a Dios, porque ni siquiera te has negado a darme a tu único hijo”. ¿Cuánto más nosotros podemos ahora ver *Su* sacrificio en la cruz y decirle a Dios, “Ahora *sabemos* que *nos* amas, porque ni siquiera te has negado a darnos a Tu Hijo, al único que tienes y al que tanto amas”? Cuando comprendemos la magnitud de lo que hizo, podemos dejar que nuestro corazón descansa finalmente en Él y no en otra cosa.

Solo Jesús le da sentido a esta historia. La única forma en que Dios podía ser “justo” (demandando el pago de nuestra deuda por el pecado) y *también* “justificador” (proveyendo salvación y gracia) es porque años después otro Padre subió a otro “monte” llamado Calvario con Su primogénito y lo ofreció por todos nosotros. Nunca lograrás ser tan grande, tan valiente y estar tan seguro en Dios como Abraham si simplemente lo intentas con todas tus fuerzas; solo lo lograrás cuando creas en el Salvador al que apunta este evento. Es gracias a que Jesús vivió y murió por nosotros que puedes tener un Dios de amor infinito y santidad al mismo tiempo. Entonces puedes estar completamente seguro de que te ama.

Tu camino a la montaña

Piensa en las muchas decepciones y problemas que enfrentamos. Obsérvalos más de cerca y te darás cuenta de que los más angustiantes tienen que ver con nuestros propios “Isaacs”. En nuestra vida siempre invertiremos en algunas cosas para alcanzar un nivel de gozo y satisfacción que solo Dios nos puede dar. Los momentos más dolorosos de la vida son momentos en los que nuestros Isaacs, nuestros ídolos, están siendo amenazados o eliminados. Cuando eso sucede, podemos responder de dos formas. Podemos elegir la amargura y el desespero. Sentiremos que tenemos derecho a obsesionarnos con nuestros sentimientos y diremos, “He trabajado toda mi vida para llegar a este lugar en mi carrera y ¡ahora todo ha terminado!” o “He trabajado como esclavo toda mi vida para darle a esa niña una buena vida ¡y así es como me paga!” Tal vez nos sintamos con la libertad de mentir, engañar, vengarnos o dejar de lado nuestros principios para obtener algo de alivio. O simplemente podemos vivir en un desánimo permanente.

O, por el contrario, igual que Abraham, podrías subir la montaña. Podrías decir, “Veo que tal vez me estás llamando a vivir sin algo que pensé que necesitaba en la vida. Pero te tengo a Ti; tengo la única riqueza, salud, amor, honor y seguridad que realmente necesito y no puedo perder”. Muchos han aprendido y enseñado esto: que no verás que Jesús es lo único que necesitas hasta que Él sea lo único que tienes.

Muchos de estos dioses falsos, si no la mayoría, pueden permanecer en nuestra vida cuando los “rebajamos” por debajo de

Dios. Entonces no nos van a controlar y atormentar con ansiedad, orgullo, ira y ambición. Sin embargo, no debemos equivocarnos pensando que lo único que debemos hacer según esta historia es estar *dispuestos* a deshacernos de nuestros ídolos, en vez de realmente dejarlos atrás. Si Abraham hubiera subido la montaña pensando, “Lo único que tengo que hacer es poner a Isaac en el altar, no debo entregarlo realmente”, ¡habría fracasado en la prueba! Solo es seguro mantener algo en nuestra vida si realmente ha dejado de ser un ídolo. Esto puede suceder solamente cuando estamos dispuestos a vivir sin ello, cuando verdaderamente podemos decir de corazón: “Puedo vivir sin esto porque tengo a Dios”.

A veces parece que Dios nos está destruyendo cuando en realidad nos está salvando. Aquí estaba convirtiendo a Abraham en un gran hombre, pero por fuera parecía que estaba siendo cruel. Para algunos, seguir a Dios en esas circunstancias parece ser una “fe ciega”, pero realmente es una fe fuerte y agradecida. La Biblia está llena de historias de personajes como José, Moisés y David en las que Dios parecía haberlos abandonado, pero más adelante se revela como Aquel que estaba tratando con los ídolos destructivos de sus vidas y que solo se podía lograr cuando ellos experimentaran las dificultades.

Así como Abraham, Jesús luchó fuertemente con el llamado de Dios. En el jardín de Getsemaní, le preguntó al Padre si había otra forma, pero al final, subió obedientemente el Monte Calvario hacia la cruz. No es posible conocer todas las razones por las que nuestro Padre permite que nos pasen cosas malas, pero

Todo lo que siempre has querido

como hizo Jesús, podemos confiar en Él en los tiempos difíciles. Cuando lo miramos a Él y nos regocijamos en lo que hizo por nosotros, tendremos el gozo y la esperanza necesaria —y la libertad de los dioses falsos— para seguir Su llamado cuando los tiempos parecen tan oscuros y difíciles.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Dioses que fallan*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2023 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!